

Geografía múltiple del Atrato

La inexistencia de un mapa político-administrativo en la geografía del pensamiento de negros y de indígenas chocoanos, hace visible también la inexistencia de un mapa para las cortas de madera, de un plano medido y contabilizado para establecer un orden que en último término se traduzca en dinero. La minimización del gasto de energía es una acción de refinamiento en el espacio sentido. Los árboles para la extracción se "topan" en un recorrido que hace la vista, después de que el monte a lo largo de la vida, no es ya el espacio inhóspito y lejano de la naturaleza del hombre, como sucede entre la gente del interior del país.

Palabras claves: Geografía, Mapa, Cartografía, Habitat, Lugar, Territorio, Recursos forestales, Monte, Río, Árboles, Población, Gobierno, Políticas, Administración, Expropiación, Capitalismo, Progreso, Trabajo.

Artículo recibido: agosto, 1999; aprobado: octubre, 1999.

GEOGRAFÍA MÚLTIPLE DEL ATRATO*

Alba Shirley Tamayo A.

Los investigadores que entran a las tierras chocoanas con el fin de estudiarlas desde su ámbito de conocimiento, inician sus recorridos con la mirada puesta detrás de la rejilla del mapa. La localización de los lugares se da por un proceso de no ver, de no sentir, es decir, el sitio que se piensa es distinto del que se pisa, está más allá del contacto directo con el agua, la ciénaga, la tierra húmeda, está en la abstracción, en no percibir la particularidad del aire tibio de la tarde, sino en la vuelta al enfoque de la rejilla planimétrica, que funciona como cedazo de imágenes.

Un lugar se convierte en un punto inmóvil dentro de un plano cartesiano, que divide la tierra en latitudes y longitudes. Ese plano aplana, pues la sinuosidad del relieve queda suscrita a la estrecha posibilidad de las líneas que recorren el ancho y el largo de los cuadros sobre la superficie lisa, que sólo puede simular la altura con el uso de sombras y de colores. El espacio recorrido: el suelo de la inundación, el monte de la caza, el río de la pesca, pierden su espesor al precisar el traslado hacia esa dimensión. Espesor que es también la percepción de las variaciones de los cauces de los ríos, de la movilidad de los pobladores y de los cambios en los montes.

La estaticidad del mapa es una herramienta para pensar desde la quietud ese movimiento continuo e inasible de la realidad chocoana. Una forma de conocimiento del espacio es dejarlo inmóvil, lo cual permite la disposición de un orden para el entendimiento, para trasladar así los cambios hacia las homogeneizaciones. Se radica un espacio constante, general, unificado, un espacio que desde su quietud muestra realidades manipulables, dóciles a los

* Este artículo hace parte de la investigación sobre explotación forestal en el Atrato Medio, auspiciada por la Corporación para el Desarrollo del Urabá, Corpourabá.

parámetros de medición, espacio de puntos muertos, ríos obedientes al cauce designado, terrenos firmes que permiten ubicación, organización y proyección de la intervención. El mapa detiene todos los tiempos y los hace confluír en esa imagen donde el espacio se convierte en prospección. El mapa es el registro de un momento en el pensamiento del espacio.

Pero, el mapa difiere, en cuanto representación, del espacio fluctuante y palpable vivido por los habitantes del Atrato. Es decir, espacio que es presentado lejos del contexto sensible, carente del rumor del río, de los estruendos de las tempestades que dejan la vegetación distinta. El espacio del mapa está en la idea de lugar construido desde el afuera, lugar-objeto sobre el cual se trazan líneas que elaboran una figura del territorio. Esta representación difiere de ese otro "mapa" de los negros y de los indígenas, trazado por el diálogo incesante de diversidad de experiencias, trazado para ser deshecho, reconstruido en el devenir. Ese "mapa" da cuenta, por ejemplo, de otros tipos de orientación, relacionada con el desplazamiento de los habitantes por el río, y con el desplazamiento mismo de los ríos, que son ejes importantes de la vida en la región. Así, el norte que, en la generalidad de la cartografía del Choco, señala el arriba, para los negros e indígenas del Atrato ese mismo norte señala el abajo, pues es la dirección de la corriente la que muestra desde lo visible y desde lo tangible el descenso del agua.

Para los atrateños, su "mapa" es un espacio que se habita, que permite el viaje, el lanzarse al recorrido; es un "mapa" que varía al compás de las aguas que van hasta el Atlántico, de los botes que cruzan las corrientes, de las personas que se bañan y lavan las ropas en las orillas, de los cazadores y de los extractores de maderas finas que van por los afluentes en busca del monte adentro, de los animales que se alejan del ruido de las motosierras, en fin, es un "mapa" que no está, sino que emerge en el cruce de experiencias anteriores, colectivas e individuales, y actuales. El "mapa" de negros e indígenas excluye la representación escrita, porque su representación está en la palabra viva, con la cual se renueva todo conocimiento sobre el espacio habitado.

El "mapa" de los atrateños se crea en el movimiento mismo, por eso no hay puntos fijos, no hay líneas que permanezcan inmodificables, no hay un plano, son muchos los planos, las dimensiones en las que se construye este "mapa". En él confluye la multiplicidad misma de las experiencias, de ahí que deba hacerse referencia no a uno sino a la infinidad de "mapas" contruidos en cada práctica.

Los atrateños no miran su “mapa” como una cosa distinta de la realidad vivida, no son exteriores a él, están en él, en un espacio con el que tienen estrecha relación de dependencia, que sobrepasa el nivel de lo útil, para llegar hasta el nivel de lo mágico y de lo mítico.

Cuando un negro o un indígena va monte adentro en busca de un árbol, recorre su “mapa”. los caminos ya andados y los caminos que aparecerán a partir de su paso. Entonces, el “mapa” se enriquecerá con esa experiencia, que posiblemente será ampliada por la espontánea presencia de un animal para la caza, con la cosecha de un fruto silvestre, o con el encuentro de algo no previsto.

Se anda el espacio, el “mapa”, para ejecutar el primer paso del proceso de extracción maderera. Se va tras las huellas de una vegetación que dice por dónde se buscan los árboles de maderas finas, y luego se los señala con una hendidura, o con un vistazo, porque las referencias también pueden ser determinadas por la ruta misma, o por un recuerdo cualquiera que muestre el camino y el lugar elegido. Ya que, en ese acto del señalamiento no sólo ha quedado incluido el árbol, también el monte, el río, el cielo, las relaciones personales con el espacio, la capacidad, adquirida a lo largo de la vida, de distinguir ciertas diferencias y similitudes, capacidad de escuchar las múltiples voces de las aguas, de las plantas, de la variedad del clima. Pues de todo esto depende también la sobrevivencia.

Con el derribamiento de los árboles un nuevo “mapa” de técnicas no escritas aparece. El hombre que entra al monte es también la memoria de sus abuelos, de los compañeros de trabajo, es la memoria de su experiencia personal. Por eso sabe cómo tumbar un árbol centenario sin perecer, sabe porque ha observado con atención las técnicas usadas, y las ha practicado hasta volverlas suyas. Pero, ese hombre es también el olvido, porque hubo un tiempo de explotaciones diferentes, un tiempo en el que los “mapas” de negros e indígenas llegaban a trazar rutas hacia los árboles con la intención de tumbar para cultivar, con el propósito de sacar la madera necesaria para construir la vivienda, para fabricar la canoa que transporta por el río, con el afán de abrir la trocha para andar por el monte, con el objetivo de conocerlos para ampliar las posibilidades de uso. No había entonces la presión de la extracción comercial introducida por la gente del interior del país y por los extranjeros.

En las últimas décadas del siglo XIX los aserríos se instalaron en las bocas del Atrato. A medida que corría el siglo XX se ampliaban la fronteras de explotación comercial y se desplazaba la baja del monte hacia las zonas interiores. Fue así como, al "mapa" de los atrateños de la parte media del río se le fueron mezclando los trazos del mapa que sólo señala los sitios de corte masivo de árboles. Pero, los mapas de la extracción fueron también enriquecidos por la interacción, puesto que han sido los atrateños quienes han guiado los recorridos y señalado las especies finas sólo conocidas por ellos. Hibridación compartida, pero bajo el signo de las asimetrías. Los saberes de la gente de la región se relocalizaron en los espacios ya legitimados y reconocidos por lo institucional, los espacios de lo económico.

Para negros e indígenas el monte es el lugar que viene desde la infancia como espacio nunca dominado por completo. El monte es así amado, temido y respetado. Sin embargo, con el derribamiento sistemático un nuevo monte debilitado emerge. Los rastrojos altos han sucedido los viejos montes de las orillas del Atrato, y los animales de caza se han alejado. Ya no están los riesgos cercanos al sitio de vivienda. En su lugar ha quedado un espacio domesticado, de claros extensos, donde la hormiga arriera impide la instalación de cultivos. El viejo monte impetuoso y prodigador de alimento no es ya referencia cercana para las nuevas generaciones. También se ha alejado, pues sólo es posible encontrarlo en la dimensión de su espesor más antiguo en las cabeceras de los afluentes.

Desde la posición de dependencia e inferioridad en que han sido situados, negros e indígenas asumen el mapa de los recursos forestales por explotar; se meten en la representación del espacio como territorio por dominar; se dejan colonizar por el mapa económico que muestra la riqueza maderera; se observan a sí mismos desde la oportunidad estrecha de cortar para conseguir unos pocos víveres. No obstante, no se trata de la acción limpia de ir hacia los sometimientos. Entre los atrateños hay adaptaciones que contienen en sí mismas formas de resistencia, o que son hibridaciones venidas de la interacción constante entre modalidades de prácticas dispares. La intervención de los montes por mano propia es a la vez una manifestación de la desigualdad entre la gente que contrata desde fuera, y los negros que trabajan como corteros; pero también, es una forma de mantener definida la frontera. Negros e indígenas tienen en los montes su hábitat, su territorio para la defensa. De modo que no se entra al monte sólo con un mapa. Es necesario cruzar el

muro de las resistencias, hibridarse un poco, bajar los atavismos guardianes de la dominación para lograr atravesar el monte y volver al río. Por otra parte, la extracción de madera para el comercio, es el resultado de un sinnúmero de relaciones que han conducido a que los negros tengan en esta actividad una de sus principales fuentes de ingreso monetario.

Entre la gente del interior del país, el espacio medido del mapa pertenece a la jerarquía de las formas clasificadas como verdaderas y acertadas. Desde ahí se ejerce presión para conducir lo disímil a los términos de la igualdad. Esta forma es validada por las instituciones estatales, y asumida por las organizaciones étnicas con sede en Quibdó. Las organizaciones indígenas han recibido los mapas de los resguardos otorgados por el Estado, y es con base en ellos como trabajan sus proyectos. Las organizaciones negras, entre ellas la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA), que lideró el primer proceso de titulación colectiva de tierras, ha trazado los mapas de su territorio para representar ante el Estado la propiedad de las comunidades que lo habitan. De esta manera, el orden estatal incluye las singularidades en los modos de administrar el espacio colectivo, las excepciones que pueblan su territorio, pues el mapa es una de las zonas francas abiertas por los saberes dominantes para que los atrateños se comuniquen con el centro del país.

En las últimas décadas del presente siglo, la gente del Atrato empezó a ver en el mapa de sus territorios la riqueza de la diversidad biológica, el centro de un sinnúmero de proyectos estatales, el lugar de intereses extranjeros para la investigación y la explotación, entre muchos otros. Hay una colonización de la economía del beneficio que se entra por las fisuras de las culturas negra e indígena, y que está cruzada por el mapa. Los atrateños son ahora conscientes de sus propias riquezas, tanto culturales como materiales, y en ellas fundan muchas de sus diferencias. Siguiendo el juego de las desigualdades, rescatan para sí la propiedad de los territorios marginales donde habitan, caracterizándolos como más ricos en comparación con las tierras andinas. El reconocimiento que se genera es el de la visibilidad por la diferencia. El Estado lo asume de dos maneras: de una parte, el reconocimiento se convierte en desconocimiento de las singularidades, al poner en funcionamiento los mecanismos de organización y de homogeneización de la población bajo los mismos parámetros de “progreso”, “civilización” y “administración del territorio”, pues los mapas se han elaborado bajo los

propósitos de la dominación de espacios, en procura de fortalecer el poder estatal. Los representantes del gobierno central en los lugares apartados, donde aún la figura del Estado se disuelve, tienen como tarea ejercer el poder político del mapa. De otro lado, se mantiene la diferencia dentro del territorio en tanto ésta se convierta en posibilidad de bien capital.

En el ejercicio de ciertas políticas sobre el espacio, un mapa permite desplazarse sin moverse, razón por la cual es posible conocer el monte como una representación más dentro de él, como una mancha verde que pasa de una cuadrícula a otra. El mapa es, entonces, geo-grafía, geo-metría, tierra escrita, superficie mirada por el trazo. El mapa hace del espacio cosa útil; es la rampa donde se apoya un saber que ordena desde la racionalidad, para luego saltar al lugar tangible; es un medio que proporciona la ubicación previa, define la acción precisa, que minimiza el gasto de tiempo y de dinero para lograr la maximización de las ganancias. De ahí que, en la secuencia (¿lógica?) del conocimiento, se haga primero una búsqueda en el mapa, una selección que abarque un territorio, con el objetivo de que coincida con el lugar dentro del monte o del río. Como si lo representado se sobrepusiera a lo hallado sin problemas, como si el viaje con el trazo tuviera el poder de evitar todo equívoco, como si la precisión geométrica abordara la vía verdadera para ver y pensar el espacio.

De otro lado, el "mapa" de los atrateños es un recorrido sensible, que está inmiscuido de forma directa con las maneras de habitar. De ahí que no se separe el conocimiento en dos caminos, el de la representación y el de la experiencia. Para construir un saber sobre el monte no es necesaria la mediación de los libros, ni la memoria de nombres científicos, ni la marcación de rutas en un plano. Por el contrario, al introducir tales herramientas se da una vuelta innecesaria, pues, de acuerdo con el "mapa" de la gente de la región, es más indispensable conocer las vueltas del río, los momentos en los que se puede entrar al monte, en los que se puede cortar madera, los ciclos de la pesca, las posibilidades de la caza, los tiempos de cultivo en concordancia con los tiempos lunares o con aquellos en los que no hay insectos que devoren los retoños. Cuestiones que no se aprenden sino en el recorrido que hace el cuerpo, renovando los saberes de la memoria colectiva, no en el recorrido que hace la mente.

De modo que, este “mapa” no está hecho para ser visto y estudiado fuera del espacio habitado, no se saca de la realidad y se lo traza, más bien se entra en los espacios para construirlo con la acción misma. De ningún modo, este “mapa” pretende dar una claridad igual para todos, o diseñar un orden único, para tornarlo forma unida de conocimiento. Pues, no se puede más que enredarse con ese todo del espacio para sentirlo, para entender su orden propio, y saber qué dice el “mapa” en cada lugar y en cada momento. Aunque haya experiencias anteriores, “mapas” anteriores, cada colectividad y cada individuo trazan sus propios “mapas”; no hay la pre-determinación para ver lo mismo, pues el “mapa” deviene, al igual que el monte o que los ríos.

Para la gente del interior del país, a la intervención real de los espacios le antecede el simulacro, el moverse a expensas de la representación por ámbitos diversos: la geografía, la geología, la biología, la climatología. Con la reunión de diversos apartes de conocimiento, se conforma un compendio que busca aproximarse al Atrato mediante los supuestos previos. Conocimientos cruzados y complementados unos con otros, que gozan de la calificación de superiores desde su especificidad y especialización, se posesionan, por vía de su estatuto de científicos, de esa “verdadera” forma de conocer el territorio atrateño. La ciencia, situada en lugar incontrovertible y neutral, despliega toda una política de silenciamiento de las demás formas de conocimiento, como las que hacen las gentes del Atrato desde su experiencia.

A partir de esta supremacía de lo científico, las entidades estatales organizan su acción sobre los territorios. Las políticas de control sobre las prácticas relacionadas con los recursos, ya sean individuales o colectivas, se hacen también desde esta perspectiva. Diversos lugares de la representación se instalan para señalar límites. Los mapas, por ejemplo, son utilizados como medios de control para las explotaciones forestales en gran escala. Para otorgar concesiones de explotación en amplias extensiones, las entidades estatales exigen estudios y mapas de las zonas que se intervendrán, con el fin de que se haga una explotación limitada y controlada de los recursos. El Estado hace así una racionalización de los usos del espacio donde ejerce su gobierno. Sin embargo, estas formas de utilizar la representación se quedan, muchas veces, en la representación misma. Se llena el requisito de hacer estudios de suelos, de especies forestales explotables, de elaborar mapas donde se delimite el lugar, de hacer exposiciones detalladas de la maquinaria y de su utilización, bajo el objetivo de controlar, no la puesta en escena, sino la rectitud de lo escrito, la línea que cruza la superficie del mapa, y entonces

es la representación misma la que se somete al orden y a la vigilancia. Es así como se llega a tener la representación por lo representado. El mapa, trazado desde referencias ancladas en una inmovilidad inexistente, da cuenta de un espacio que ha sido imaginado más que sentido, un espacio construido en el recorrido de lo prediseñado.

Aunque, en ocasiones se busca la concordancia entre lo representado y lo que se presenta en el terreno de trabajo, en el Atrato no siempre es posible el establecimiento de linderos completamente definidos y precisos. Debido a que lo agreste del monte se impone, en los estudios para los aprovechamientos son trazadas aproximaciones, lo cual da pie para que las extracciones forestales se extralimiten.

En contraposición a la destreza que posee la gente del interior del país para desplazarse y conocer por medio del mapa, los atrateños no saben moverse con mucha facilidad por los corredores de este tipo de representación. No acostumbran conocer un sitio llevando sus dedos de cuadrícula en cuadrícula, con la pretensión de llegar a un lugar futuro. Ellos viven el espacio como un lugar móvil, que no puede aprehenderse así, ya que su conocimiento está ligado de manera directa con la dinámica de un momento siempre recreado. Lo que no ocurre con el acercamiento mediado de la gente del interior del país, llamados paisas, que conduce a la construcción de un espacio más allá del espacio vivido: espacio lógico del plano, geométrico, imagen ordenada de un mundo que se vuelve casi ajeno, que, como el mundo del monte chocoano, se precisa imaginárselo a la medida del hombre, como si el hombre fuera en realidad la medida de todas las cosas, como si el espacio debiera y pudiera ser abrazado en su totalidad por la conciencia.

Para negros e indígenas del Atrato, su "mapa" está atravesado por la variabilidad de lo sensible, que no admite ni antelaciones ni postergaciones. Las posibilidades de un espacio que va apareciendo surgen porque los montes, ciénagas y ríos, también dicen, establecen sus reglas, porque las personas que los viajan pueden escuchar sus cambios, en una interlocución. Desde la percepción de los atrateños es impensable la mediación, por ejemplo, de la imagen cartográfica, ya que ésta se convierte en algo pobre frente a la amplitud de caminos por los que se puede llegar a conocer la región. Para ellos no es guía ese lugar inmóvil y preestablecido del mapa, pues a lo largo del recorrido el lugar formula sus propios referentes; la acción de ir hacia un lado es una experiencia, es experimentar el ir. El monte no es siempre el mismo, como

no son iguales los cauces de los ríos. No se puede, entonces, definir una experiencia con antelación, ni trazar un mapa con el fin de señalar las líneas de acción para todas las ocasiones, menos aún proponer cortas de árboles desde una lista regida por los tiempos cronométricos, cuando las aguas son las que rigen las extracciones forestales.

En aras de la eficacia, de un presente que se piensa inclinado hacia el futuro, de una actuación que se pretende sin equívocos, la gente del interior del país se ha inscrito en esa experiencia del mapa, legado de las prácticas de representación procedentes del contacto con las formas de pensamiento dominantes en Europa, como única forma válida de conocimiento del espacio. Desde ahí, se ve al hombre como el ser que domina la experiencia y el espacio por el que se mueve. Pero tal dominación se vuelve una ficción en el Chocó, cuando se va río arriba, después de dejar el Atrato, para encontrar un monte donde se disuelven los límites; un clima que no obedece a las predicciones que posibilitaban la extracción maderera; cauces que no aparecen por donde fueron trazados. Entonces, los tiempos se prolongan más allá de los presupuestos y los espacios enseñan sus condiciones particulares. La experiencia prediseñada se convierte en la inútil intención de tener los controles. En ese espacio impredecible, las posibilidades para una representación tenida por única son cuestionadas. Son los negros y los indígenas quienes guían los desplazamientos de quienes llegan de fuera del Atrato, son ellos quienes saben lo que es el monte, y cuál es el fluir de los ríos en un momento dado.

Los saberes construidos en ese devenir del hombre con el espacio están involucrados con los cambios, a los que se está dispuesto a enfrentar, a entender, a conocer. Así, los atrateños realizan sus actividades diarias sin el propósito de alcanzar un manejo de los elementos y de sus variaciones desde la búsqueda de reglas fijas. La destreza para sortear las adversidades en cualquier recorrido proviene de los refinamientos de las prácticas. Esos saberes de los atrateños, no representados, muchas veces no representables, tenidos por no científicos, por no verdaderos, ubicados en la escala de saberes menores, se convierten en indispensables para entrar en el espacio del Chocó. Saberes que han pertenecido a ese espacio, que se han construido con él, que han progresado en él, no desde la razón de la dinámica económica del costo-beneficio, sino desde la especialización y el refinamiento de un diálogo constante entre hombre y entorno.

Dentro de su contexto, de manera indiscutible, los saberes de los atrateños adquieren el estatuto de saberes mayores. Ejercen un poder y un control efectivo sobre las personas que ingresan en los ríos y en los montes. Son saberes de la especialización diversa, saberes regionales y locales que son en sí mismos una forma de resistencia de negros e indígenas, contra la presión de las prácticas y las formas de pensamiento dominantes.

Integrados a la interacción con el entorno, los saberes de los atrateños contienen sentidos propios que no son fácilmente percibidos por quienes se encuentran de paso. En el afán de obtener conocimientos clasificados como útiles, se los fragmenta y se los descontextualiza. Encaminados hacia la centralización, que los organiza y los delimita, se convierten en parte de la oficialidad del saber jerarquizado, como pedazos sueltos de una disección que no permite ver el conjunto de la marginalidad de donde proceden.

Los saberes rectores, que dominan los sistemas de saber dentro de la institucionalidad, eliminan o descalifican los pequeños saberes que no están inscritos en escuela alguna. Así, los métodos de siembra itinerante, las formas particulares de clasificación de los árboles, los modelos de producción de la gente del Atrato, entre muchos otros, son localizados en posición de subordinación. Pues, dentro de la gran disciplina global de la ciencia, estos saberes no obedecen a una organización que permita establecer generalizaciones.

Las formas de conocimiento del espacio también están dentro de los estados de precientificidad, que de algún modo se conectan con lo primitivo y lo simple. Negros e indígenas se sitúan en las escalas inferiores de los modos de saber instituidos. Sus relaciones con el monte, por ejemplo, son directas, siempre distintas, no mediadas por la posibilidad de establecer patrones. Y la disparidad continua se convierte en algo inaprehensible para efectos de organización, de gobernabilidad y de introducción de ciertas políticas, desde el interior del país. De ahí que se precise de la centralización, del establecimiento de nuevas distribuciones del espacio, para que se haga visible la existencia del Estado por vía de lo homogéneo.

Distribución de las fragmentaciones

Es así como la tierra es dividida por la política de las separaciones. Las líneas son trazadas en los mapas para señalar fronteras que representan el paso a otro lugar, a un espacio distinto. La tierra en compartimentos, en departamentos, se hace espacio de la racionalidad de lo gobernado. Se gobierna un territorio y la población que lo habita. En esa división de tierras se instauro la política de las defensas, del cuidado de los individuos, del papel regulador y benefactor del Estado. La geo-política determina que las líneas del mapa se conviertan en murallas divisorias que encierran los espacios administrados, diferenciados o no por una cultura. La población sujeta a un territorio es homogeneizada a partir de lo cartográfico. Pero las líneas del mapa están en el mapa, las murallas están en esa idea de lo geopolítico que introduce al territorio y a su población en la regencia de un gobierno.

Sin embargo, el territorio vivido por la gente no se circunscribe a los segmentos separados por el mapa, que ya pretende dar cuenta de los procesos mentales. Es espacio que diversifica las percepciones, disuelve las líneas divisorias, se mezcla y entrelaza con las palabras que van y vienen en el quehacer de los individuos. El territorio es construcción desigual, fragmentada más allá de lo definido por los regímenes que se proponen dirigir los modos de relación. Es heterogeneidad que multiplica y lleva a la emergencia de nuevas posibilidades.

Sin embargo, la política de las divisiones administrativas no tiene como propósito la perpetuación de las diferencias. No de las que aparecen como formas singulares de ciertos grupos sociales, sino de las que el orden mismo establece y tolera. Hay una administración de las separaciones que funda distinciones a partir de clasificaciones y de jerarquías. Interior y exterior se delimitan en términos de pertenencia y de cercanía. Las líneas de frontera marcan los criterios para que las poblaciones se identifiquen entre lo Mismo, lo "igual" y lo Otro, lo "diferente", a partir de los mapas que colonizan sinnúmero de prácticas.

La referencia predominante es el centro desde donde se despliega lo homogéneo. La distancia va mostrando marginalidades, asimetrías. No obstante, la sujeción a los espacios mapificados es el argumento de las

igualdades para construir espacios gobernados. El Chocó, marginal y distinto, es territorio de la nación por la generalidad de la ley que también lo cobija. Regulaciones y controles recaen sobre la población indiferenciada. La territorialización se reactiva en las instituciones, en la fijación de la gente a modos dominantes de pensarse en el espacio, como la pertenencia a un lugar representado. Pero también están las lejanías, los intersticios por donde los negros y los indígenas se dejan ser en sus devenires no territorializados, en sus formas propias y singulares.

Hay un mestizaje que corroe las superficies domesticadas, que muestra la maleabilidad de lo Mismo cuando es atravesado por lo Otro. Negros e indígenas señalan un mundo que se recrea de manera constante, borrando y dibujando nuevos linderos en la fluidez de los intercambios no monetizados, de los saberes de unos y otros, en las formas de la economía cualificada, que subvierte la predominancia de lo cuantificable.

Las fronteras también se ahondan como brechas. Los viejos dolores sostienen defensas contra la imposición. Negros e indígenas, al otro lado de la cordillera, en la tierra húmeda y agreste, se resguardan juntos de la penetración y del saqueo. El Otro, el paisa o blanco, no está para la mezcla total. Hace parte del afuera, donde se puede perder la identidad de uno mismo con su grupo. Por eso se levantan barreras hechas de silencios. La investigación se propone sacarlo todo en la descripción, en el mapa, en la información. En el Atrato se pretende resistir a las presiones mediante el ejercicio del poder de quien dice. El indígena esquivo se retira sin emitir palabra, el negro sólo desde los rodeos habla. Pero, ya las diferencias han sido socavadas, es el ocaso de lo distinto frente a la pesada tendencia igualitaria.

La división del territorio obedece a la administración política jerarquizada. Costas y fronteras están en el afuera marginal de los Andes. El centro irradia gobierno, presencia de Estado. Para los espacios cada vez más lejanos es más débil. No obstante, estará el discurso de la democracia, el lugar de la población sometida a la estadística, la planificación institucional convertida en estrategia. Todos somos iguales. Y los segmentos del mapa se diluyen en las equidades para llevar los límites a ser vistos como mero instrumento de entendimiento. Aparecen los puntos equidistantes de un centro que se mantiene como rector de las acciones dispares.

La vida urbanizada, la integración visible a un pensamiento occidental que se globaliza, la concentración poblacional que reúne ciertas semejanzas ya categorizadas dentro de lo civilizado, conforman el interior-central donde emerge la dinámica de la gran economía. En el exterior está la vida rural, situada en oposición por la estrechez de lo que produce para la mera sobrevivencia. El viaje de lo rural a lo urbano se ha convertido en el paso de lo simple a lo complejo. En el Atrato, a lo largo de la segunda mitad del presente siglo, ya no estuvieron las viviendas dispersas, sino los caseríos organizados alrededor de la escuela. Pequeños centros donde se instaura la jerarquía recorren las escalas de mayor a menor desde Quibdó hasta las cabeceras de los afluentes. La cercanía con el comercio, con las formas de vida de los blancos, marcan la ruta del proceso civilizatorio.

Líneas que comunican el interior con el exterior van de un lado al otro del mapa. La regencia de lo económico fluye desde el centro hacia la periferia y viceversa. Las propuestas de investigación y de experimentación se dirigen desde el lugar donde se las elabora y se constituyen hacia el lugar de la práctica; la información llega desde las márgenes para ser analizada y utilizada en la organización del territorio y de la población. La construcción se sitúa en el centro, desde donde se distribuye el efecto del desarrollo.

La ciudad-centro extiende el espacio de su jurisdicción hasta lo correspondiente a los gobiernos departamentales. Así, la cartografía divide el Atrato entre Antioquia y Chocó, donde Medellín y Quibdó rigen sobre los espacios de administración. La brecha que instaura los límites de la política ordenadora no alcanza, sin embargo, a modificar de manera radical las formas culturales. Los negros y los indígenas de la orilla antioqueña son tan chocoanos como los habitantes que se encuentran al cruzar el río. No obstante, la presencia paisa se instaura y genera efectos de mestizaje. Si bien el Atrato Medio Antioqueño es culturalmente chocoano, los sistemas de organización gubernamental han establecido diferencias y han permeado, a lo largo de este siglo, los modos de vida de la gente. Entre una orilla y otra puede verse la disparidad en los equipamientos urbanos: "Mientras los pueblos chocoanos carecen de suficiente y eficiente servicio de educación, en el antioqueño se encuentran colegios de bachillerato. En salud la cabecera municipal de Vigía del Fuerte, cuenta con el único hospital regional. Allí mismo se encuentra el servicio telefónico de las Empresas Públicas de Medellín. Detrás de estos servicios cientos de familias chocoanas 'han pasado los ríos' y se han instalado

en estos centros. Y otras tantas conforman hoy nuevos poblados en la margen antioqueña".¹

Pero, no dejan de ser estos los territorios de la periferia. Al otro lado de la cordillera está el Atrato, al otro lado del espacio donde se asientan las mayorías mestizas. Su visibilidad, desde los tiempos coloniales, ha estado supeditada a los propósitos en los que es perceptible la riqueza que posee. Ha sido centro a partir de las posibilidades de explotación, definidas desde el lugar de gobierno, que ha regido sobre sus bienes, sus deberes y sus quehaceres. Si alguna vez el Atrato ha tenido una centralidad propia ha sido la otorgada por sus habitantes, en cuanto lugar habitado y núcleo que irradia divergencias culturales en relación con lo dominante. De manera que, el espacio de los negros y de los indígenas, que es su hábitat, no es el mismo territorio chocono asumido por los habitantes del interior del país.

Dentro de las segmentaciones que se han producido en la geografía elaborada desde el centro del país, el Atrato, y el Chocó en general, se ubican en el lugar que debe ser pensado por la institucionalidad. Desde la posesión de los estatutos de verdad se crea el lugar objeto de estudio. La interlocución desde esta posición es dirigida a partir de jerarquizaciones que cruzan las relaciones, razón por la cual se dan acercamientos desde lineamientos definidos con antelación. Es el Estado el que somete a su razón de enriquecimiento estos territorios. De ahí, que se haga referencia al manejo, no a la permanencia de lo singular sin imposición de lo dominante. El Chocó no es entonces el sitio desde donde se piensa el futuro de la región, no son sus habitantes los que diagnostican y prevén para sí mismos, puesto que desde el centro son vistos como seres inmersos en la economía de la subsistencia, en las actividades del monte, en el derroche de la fiesta, en el mero ahora que desarrollan, que es fáctico, táctil, práctico, un ahora de los hechos que no deja lugar a la prospección. Cuando la prospección tiene sólo una manera de percibirse y de elaborarse, y se toma como la única válida. El Chocó no es pensado desde el Chocó, porque pensar es una acción que sublima el ahora, lo trasciende, para llegar a una forma de saber tenida por superior, predominante, que rige a la gente del interior del país. Ahora se piensa de

¹ Leesberg, July y Emperatriz Valencia. *Los Sistemas de Producción en el Medio Atrato (Chocó)*. Quibdó, 1987. p.23

manera válida desde los saberes disciplinados, institucionalizados, ya que están dentro de la política que los legitima, en contraposición a los saberes menores, devaluados, de negros y de indígenas.

En la interacción entre las políticas de los territorios y de los saberes, se han construido segmentaciones que encasillan al Chocó en el sitio de las interrogaciones, de los experimentos, de la puesta en escena de cuanto ha sido decidido después de las descripciones, los mapas, los cálculos, los estudios, los análisis, el funcionamiento de las racionalidades y de las representaciones. Producto de lo anterior, ha sido la división, que desde distintos ámbitos de conocimiento, se ha hecho de los territorios del Chocó. Por ejemplo, en el siglo XX, al Atrato se le introdujeron separaciones entre las partes Alta, Media y Baja. El río ha sido fragmentado para ver diferenciales de usos, de calidades de suelos, de tipos de bosques, de variaciones climáticas, de cantidad de especies por metro cuadrado, de asentamientos humanos, de formas de cultivo, de intervenciones en los espacios selváticos, entre muchos otros. Cada Atrato, de límites difusos, que varían de acuerdo con el tipo de acercamiento académico, muestra distintas condiciones en las cuales los pobladores coexisten con el territorio, entablan relaciones culturales que cruzan y oponen saberes y costumbres negras, indígenas y paisas.

Los conocimientos especializados, obtenidos en el territorio del Atrato, mediante su fragmentación y diseccionamiento, persiguen el propósito de fortalecer el ejercicio de poder sobre este espacio. A las culturas particulares se les somete a los largos cuestionarios para iniciar la etapa de las intervenciones luego de los análisis. Los investigadores con su presencia son el indicio de la disolución de las diferencias. Los estudios de modos de vida llevan tras de sí la homogeneización, la imposición de técnicas, métodos y formas culturales establecidas, atravesadas por la economía del capital, por la tendencia colonizadora sobre las prácticas de negros y de indígenas.

Además de la división político administrativa, el territorio del Chocó está atravesado por los mapas de diversas instituciones estatales, como las Corporaciones Autónomas Regionales para el Desarrollo Sostenible del Chocó -Codechocó- y de Urabá -Corpourabá-, que se relacionan en forma directa con negros e indígenas, interviniendo sus quehaceres en cuanto tiene que ver con la extracción maderera. La división de sus jurisdicciones pretende que los habitantes de la franja izquierda o derecha, oriental u occidental, sean

distintos desde los conceptos de territorio impuestos por lo cartográfico. Es así como el trabajo interinstitucional apunta a que los límites entre Antioquia y Chocó se vayan filtrando en lo sentido, y el Atrato de aquí o de allá no sea el mismo, pues a la gente se le va configurando la orilla opuesta como un lugar en el espacio de lo Otro-diferente, fuera de un aquí-interior.

El camino de la representación cartográfica cruza todo el territorio chocoano desde distintos modos de organización. Están los mapas de instituciones estatales, de concesiones madereras, de luchas negras, de resguardos indígenas, de explotaciones en pequeña escala, de espacios selváticos sin intervención, de ciénagas para la pesca, de pequeños espacios para el estudio de especies, de parcelas para la experimentación, entre otros. Lo anterior ha creado una confluencia de representaciones del espacio en el mundo de los habitantes del Atrato que los sumerge en un espacio fragmentado. Para finales del siglo XX, la gente hace visible las disparidades con el mundo que vivieron sus antepasados, cuando las fronteras eran menos sentidas, y el contacto con las formas organizativas procedentes del centro era menor.

La vasta extensión del Atrato, con sus montes y ciénagas, era uno para los negros. Desde el corto caserío que era Vigía del Fuerte en los inicios del siglo XX, sus habitantes navegaban horas para adentrarse hasta las cabeceras del río Bojayá. El cultivo, la caza y la pesca no tenían lugar establecido. La gente que vivía en el caserío salía a diario para buscar el sustento en los sitios donde habían hecho las siembras, o en los montes lejanos, sin importar la localización de los mismos, puesto que una inmensa red de nexos ligaban a los pobladores con los distintos espacios, sin mediar en ello límites jurisdiccionales. Los ríos como los montes no tenían dueño, a ellos se llegaba para obtener el alimento. De igual manera, los pueblos no tenían dominios anclados en límites definidos por defender, habitaban espacios sin darles la categoría de entes territoriales diferenciados de otros por fronteras demarcadas. Entre un pueblo y otro se distinguían ciertos lugares de mayor uso, ciertas afinidades con algunos espacios con los cuales la población trababa cercanías, y ésto fundaba el respeto por la presencia del otro. Pero igual, si la gente rompía sus costumbres de asiduidad, otros llegaban, pues el monte se levantaba rápido para borrar lo hecho. El territorio de una comunidad se dibujaba en sus alrededores, pero con líneas difusas que eran ampliadas o no, según los recorridos y los usos dados por los habitantes.

El Estado, por su parte, regía sobre los territorios ya definidos en mapas, e instauraba la representación de las leyes, mediante formas que muchas veces no alcanzaban a tocar los modos de vida atrateños. No obstante, la condición de territorio nacional hizo del Chocó un espacio susceptible a las intervenciones estatales, cada vez más organizadas, contundentes y visibles, lo cual ha producido, a lo largo del siglo XX, variantes en las costumbres atrateñas.

Espacios escritos

Algunos negros se instalaron en la relación de propiedad privada con su tierra y trazaron linderos. Fue así como los habitantes de los pueblos negros empezaron a aprender el mundo dividido. Los indígenas debieron asumirlo también, pues, la mayoría de ellos, en el presente siglo, fueron organizados en resguardos. En el Atrato Medio, la discontinuidad con los viejos modelos de apropiación del espacio, comenzó con las presiones por la explotación comercial de los montes.

Para evitar la expropiación, los negros debieron situarse en el espacio territorializado. La búsqueda de la titulación de las tierras ancestrales los condujo a la cartografía. La división y la marcación de fronteras, la separación de los indígenas, la diferenciación de los otros, los cercó en el interior de los espacios de las zonas trazadas de acuerdo con sus "mapas" sentidos. Cada comunidad negra debió esclarecer cuáles habían sido los montes de uso tradicional para establecer las líneas de su identificación. La resistencia a la presión sobre las maderas finas que aún se conservaban en los montes del Atrato Medio, llevaba consigo la defensa del hábitat y la preservación de sus prácticas singulares. Ante la incursión de la empresa Tríplex Pizano S.A., la organización comunitaria debió tomar parte de los modelos dominantes, y comenzar a trabajar por la titulación, aunque se entrara a la tierra dividida y asumida como jurisdicción.

A pesar de que los negros de la región han entrado en la política de las separaciones territoriales, la cartografía representativa de sus tierras ancestrales no es del todo reconocida por los regímenes de la administración política nacional. Se les impele a estas comunidades a acogerse a las divisiones departamentales establecidas, a pesar de que su cultura y sus modos de uso del espacio chocan con ellas. El río Atrato es la frontera entre Antioquia

y Chocó en los municipios de Vigía del Fuerte y Murindó, pero para negros e indígenas aún es difícil asumir la existencia de tales jurisdicciones. Para ellos, la región es el Medio Atrato como una totalidad, con los montes, las ciénagas y los afluentes de ambos lados, en los que desarrollan sus actividades. Así, la madera es explotada de acuerdo con las fronteras demarcadas en los mapas de propiedad comunitaria, que para nada tienen en cuenta la separación departamental. Lo cual produce explotaciones de antioqueños en tierras chocoanas y viceversa. El Atrato no es pues un lindero que impida el corte de árboles en su orilla izquierda para los vigieños, como no son lindero, totalmente asumido, los señalados por los mapas de titulación comunitaria, ya que algunas personas los rebasan y entran en otros territorios como si no existieran las diferenciaciones. Esto indica la dificultad de algunas comunidades negras para asumir la representación del espacio hecha en los mapas, dificultad para adaptarse a las segmentaciones y a las territorializaciones.

La figura de los Consejos Comunitarios locales ha sido introducida por la Asociación Campesina Integral del Medio Atrato (ACIA), para instaurar el sentido de vigilancia del propio territorio en cada comunidad, como una consecuencia a los deslindes señalados en el mapa. Estos Consejos tienen la tarea de regular la extracción forestal en sus espacios, por lo que deben definir sus propias leyes con el objetivo de establecer órdenes y controles. Estas formas de organización emuladas de las que funcionan en el ámbito de las representaciones oficiales, han tenido obstáculos para su funcionamiento dentro de algunas comunidades negras que no logran asumirlas ni apropiarse de ellas. De ahí que, algunos Consejos Comunitarios no hayan sido conformados, o que aun siéndolo no ejerzan sus funciones controladoras ni reguladoras de la extracción maderera. Se presentan entonces problemas entre las diferentes comunidades: entre las que defienden su territorio y las que aún no lo hacen e invaden las demás. Con la introducción de las políticas territoriales de segmentación se han infiltrado causales de choque, que radican separaciones entre unos y otros, y dividen y territorializan sus intereses y expectativas.

Negros e indígenas deben aprender a saltar de uno a otro mapa, de una a otra legislación, sin caerse por los orificios o enredarse con las líneas que los entrecruzan. Los mapas de titulación colectiva de tierras y de resguardos ligan a las gentes del Atrato a sus espacios ancestrales, son el resultado de

luchas por mantenerse allí donde han puesto sus intereses las empresas de extracción forestal; los mapas de división político-administrativa los ligan con el Estado y las formas de gobierno procedentes desde el centro. Los mapas de un gobierno propio y uno diseñado desde afuera se interceptan. Las representaciones a las que deben someterse los atrateños para interlocutar con el afuera los sitúan también en una interlocución con su interior desde esas mismas representaciones. Entonces, comienzan a hacerse visibles las disparidades entre lo que se representa y lo representado. Los haceres en cuanto toca con el control de las extracciones se desarrollan desde esa escala de la planificación que cuando llega a lo tangible no encaja. La titulación de tierras comunitarias en el Atrato Medio, para una cultura negra diferenciada como la del Chocó, ha sido un proceso sin precedentes. En este acto se puso de manifiesto su singularidad cultural antes invisible, pero al mismo tiempo, la contundencia del Estado para llevar esa singularidad hacia la homogeneización. La representación ha sido el camino. Los mapas jurídicos y administrativos del Estado han impuesto sus formas de diálogo. Y mientras eran trazados, los montes seguían su rumbo hacia la devastación.

La intención de explotar industrialmente los montes por parte de Trípex Pizano S.A., bajo la protección de una concesión que la empresa había solicitado ante Codechocó, desplazaba la presión sobre las maderas finas del Atrato en su parte baja hacia su parte media. A pesar de que la titulación de tierras fue el resultado de la oposición a tales incursiones de la empresa, mediante la figura de los contratistas ésta ha socavado los propósitos de la Asociación Campesina, de evitar la extracción de maderas y la introducción de nuevas poblaciones en tal actividad. La empresa ha logrado que por mano de los mismos habitantes se lleve a cabo. De este modo, la titulación ha sido un proceso jurídico para dar legalidad a la posesión de las tierras y a su explotación por parte de los negros, lo cual conlleva en sí dos situaciones: de un lado, la propiedad supone libertad de uso, entonces las comunidades negras en sus dominios son legalmente libres de ejercer la explotación de los mismos. Por otra parte, esa libertad enunciada está limitada por sinnúmero de condicionantes reales, que en el caso del Atrato Medio llevan a que tal libertad, legalmente ejercida, se convierta en parte de un discurso estratégico que guarda detrás la dependencia. Es así como, la empresa maderera logra aprovechar los mismos procesos de titulación para encubrir la extracción de maderas finas con la libertad legal que adquirieron los negros. Esto, mediante la utilización de su mano de obra por cuenta de contratistas, que desde su

posición de supuesta independencia de la empresa la desvinculan de toda presencia en la región. Estos contratistas, por lo regular negros pertenecientes al Atrato, de manera fácil traban lazos de cercanía con las personas de las comunidades, y las internan en relaciones de dependencia con la extracción.

La relación continua con formas de pensamiento ordenadas bajo el régimen de lo económico, ha conllevado a una hibridación entre lo propiamente negro o indígena y lo foráneo, en detrimento de las posibilidades de autoabastecimiento. Las comunidades del Medio Atrato han sido caracterizadas dentro de una adaptación que se define en los conceptos de versatilidad adaptativa, explotación múltiple, uso múltiple o multiopcionalidad y estrategia de sobrevivencia. Los cuales se entienden en su orden como: respuestas culturales de los productores a la flexibilidad que posee el entorno ecológico y a las múltiples opciones que ofrece para su mantenimiento; obtención de la producción e ingresos de las dos o tres parcelas, el río y el monte virgen; utilización de todos los recursos, en especial en cuanto tienen que ver con el potencial alimentario: estrategias comunitarias cuyo objetivo no es la acumulación.² De esta multiplicidad, que había permitido en buena medida el autoabastecimiento, se ha llegado en las últimas décadas del siglo XX a la tendencia especializadora de las actividades, y por tanto a la dependencia de la oferta del mercado. La economía del capital ha atravesado las relaciones con el entorno, y por medio de la intervención estatal se ha filtrado la propiedad de la tierra, como uno de los pilares sobre los que se asienta la prospección de un futuro menos independiente para los atrateños.

La explotación de los recursos para el beneficio particular, introdujo la idea de propiedad. Para los negros se recorría, se vivía y se trabajaba con la tierra, pero no se cargaba con un título. La tenencia de un pedazo de terreno era impensable. Porque en ese diálogo con los espacios, que aún pervive en gran parte de las comunidades negras del Atrato, el monte ofrece diversidad de lugares para la siembra, que son abiertos y, luego de la cosecha, dejados en desuso. Pues, en el saber de la gente de la región, el suelo de los diques del Atrato no resiste los cultivos consecutivos. Los árboles y la vegetación que ha sido tumbada para preparar la tierra, después de la cosecha siguen su

² *Ibid.*, pp.8-9.

proceso de putrefacción durante un tiempo largo, que puede ser desde dos hasta cinco años, en el cual el suelo se recupera con el crecimiento de rastrojo alto. El crecimiento de nuevo monte fertiliza los suelos cansados del cultivo, para dejar abierta la posibilidad de volver a derribar e instalar otra siembra. En estas prácticas tradicionales, no había una segmentación, una partición por lotes para definir dominios particulares, con el fin de cultivar frecuentemente en el sitio donde se tenía la propiedad, como se hace en el interior del país. Pues, toda la población tenía acceso al monte como al río, tenía libertad para la búsqueda, para instalar cultivos en lugares diversos, a lo largo de cada año. La tierra no tenía un dominio, sino una interacción, un fluir de gente que sembraba dentro de ritmos dictados por el clima y los movimientos de los ríos, entre muchos otros determinantes. La propiedad entonces era la presencia temporal del cultivo.

En el proceso de titulación, hubo de fundarse en el pensamiento negro el dominio colectivo de la tierra, que los ha encaminado hacia la propiedad y la tenencia de la misma como un recurso. Así, los negros fueron permeados por esa condición occidental de la naturaleza como exterioridad, como objeto lejano del ser humano. Pero, la infiltración de tales formas de pensar y de sentir ha sido un proceso de larga duración que, con variaciones, puede remontarse hasta el siglo XVIII desde las prácticas de extracción minera, en la cual la naturaleza (incluida la naturaleza de los hombres negros -tenidos por inferiores y fuertes-), fue explotada como bien de uso.

Desde el siglo XIX, el Estado ordenó las tierras del Chocó bajo el criterio de lo baldío, es decir, de territorio de su dominio, ya que se trataba de espacios calificados como no intervenidos, que debían ser gobernados y distribuidos. Los negros quedaron invisibles dentro de este criterio, debido a que no estaban dentro de las formas de colonización dominante, llevadas a la práctica por la gente del interior del país.

A partir de esa única manera de entender la colonización y la propiedad sobre la tierra, en la cual se tumbaba el monte y se definía un espacio de uso, para demostrar en él la domesticación y la destinación productiva, el Estado conformó las leyes pertinentes para otorgar títulos de propiedad. Entonces, en la década de los años ochenta, los negros debieron hacer visibles sus prácticas particulares para ser reconocidos como tenedores de las tierras del Medio Atrato desde tiempos de la colonia. De modo que, fue necesario

formular nuevas leyes para esa modalidad de colonización donde la tierra era un bien comunitario, sin linderos y con cultivos itinerantes. Fue así como el Estado, por medio de las formas jurídicas, se acomodó a los órdenes territoriales de los negros para asumirlos en sus órdenes. A ésto precedieron las intervenciones de antropólogos que pusieron en escena la existencia de la etnia negra, y le dieron el reconocimiento de la diferencia bajo la bendición de los saberes institucionales.

Márgenes económicos

En el Atrato la tierra entró a hacer parte de los mapas económicos. La centralidad de lo productivo acogió también las márgenes, con sus gentes y sus prácticas casi invisibles. Aunque en el Atrato la producción agrícola llega a ser considerable en algunas épocas del año, la comercialización de los productos es deficiente. Los pobladores de la región no han asimilado por completo la economía del beneficio y la ganancia, razón por la cual se dificultan las relaciones comerciales con la gente del interior del país, que considera este tipo de economía, que tiende rápidamente hacia la globalización, como la única forma de desarrollo y de intercambio.

Dentro de los esquemas del capitalismo, el progreso se ha convertido en imperativo. Desde ahí, el Estado ha planificado acciones tendientes a la intervención en el Chocó, en razón de lo cual se ha autorizado a colombianos y extranjeros internarse en ríos como el Atrato para extraer las maderas finas, los animales considerados raros, las plantas y los conocimientos sobre ellas. Desde finales del siglo XIX, el desarrollo del Chocó ha estado vinculado a la re-organización, en razón de que se piensa como responsabilidad gubernamental conducir lo "atrasado" por el camino de una evolución que se piensa ascendente y producto de la acumulación. El objetivo es la consonancia de las regiones marginales con la economía del capital, que pasando por lo estatal llega hasta lo global.

Desde los esquemas occidentales de trabajo, negros e indígenas se sitúan en el exterior, en esa labor sin horarios estrictos, con demasiadas interferencias del tiempo de la fiesta, del descanso, con una marcada soberanía de los individuos sobre su vida, su espacio y su tiempo. En esa exterioridad de su espacio está el no ahorro, la impresivisibilidad. Lo cual se retoma para explicar su condición de pobreza, relacionada con la limitación en los alcances de sus

propósitos, centrados en la sobrevivencia. No pertenecer al régimen de la acumulación es entrar en la categoría de pobreza tanto intelectual como material. De ahí que, las culturas de negros e indígenas sean las diferencias que difícilmente soporta la racionalidad productiva, controladora de los tiempos y de los espacios de los individuos.

Sin embargo, la política de la colonización lanza diversas líneas que atraviesan los saberes y la vida misma de los habitantes chocoanos. En la multiplicidad de contactos interculturales surgen fuertes rasgos de mestizaje. Algunos negros e indígenas que ya han asumido prácticas y ciertas formas de pensamiento capitalista, han introducido variaciones que dibujan nuevos esquemas de sensibilidad y de pensamiento dentro de sus culturas.

Entre los negros, hay quienes se han integrado a los sistemas de acumulación. Desde el comercio de la madera entran en las formas de intercambio mediadas por la ganancia, y con ellas en los esquemas de vida urbana. Estos negros colonizados se convierten en legitimadores de los modos de ver el Chocó por parte de la gente del interior del país. Dentro de sus comunidades expresan el deslumbramiento por el progreso material de las ciudades. Sus relatos son apologías a la tecnología, a la industrialización de los montes y a la monetización de los intercambios.

En la zona de Vigía del Fuerte y Murindó es visible la exaltación de la cultura antioqueña. Los paisas que han llegado a lo largo del presente siglo se han encargado de hibridar el pensamiento de los negros y de los indígenas. En detrimento de sus propias costumbres y usos del espacio, los atrateños se relocalizan en las márgenes del mapa de los avances tecnológicos, en un lugar lejano a ese “deber ser” impulsado por los gobiernos, por la gente de Antioquia, y de otros lugares muy relacionados con la región, como Cartagena. Hablar de los negros que han entrado en la dinámica contractual, como jefes o como obreros, se da desde cierta desconexión de los modos de relación habituales con el monte y con el río, posibilitada por la ejecución de nuevas prácticas centradas en el manejo y en la traducción de las cosas al valor del dinero, en la separación de los tiempos en horarios, en la medición del ocio y de la fiesta. Desde un discurso que los inscribe en la institucionalidad y en la economía, estos negros asumen el monte desde su utilidad. A partir de la segunda mitad del siglo XX se hace el recorrido de lo múltiple hacia lo especializado en el Medio Atrato. Y, “de continuar una estrategia de desarrollo

encaminada a la especialización (ya sea de arroz, madera u otro), que involucre ascendentemente a más de la mitad de la población, la transición hacia una comunidad de mercado será irremediable y con ello la autosubsistencia desaparecerá y las relaciones de parentesco darían luego lugar a unas relaciones basadas en la explotación".³

Pero, estos negros adaptados a la economía de la ganancia han crecido en alguna ribera, llevan en la memoria de su cuerpo el movimiento de las aguas, los sonidos del monte, los olores de la vegetación húmeda. Conocen, aunque desconozcan, los montes. Y esta doble condición los adentra en las paradojas: en las lejanías y, al mismo tiempo, en las cercanías a su propia gente, a los foráneos y al monte mismo. De ahí que se hayan convertido, durante la segunda mitad del siglo XX, en piezas claves para la extracción maderera industrializada en el Medio Atrato.

Mediante el adiestramiento en el sistema de trabajo de alto rendimiento, las empresas de extracción maderera que se instalaron en el Bajo Atrato, en los principios del presente siglo, involucraron a los habitantes de la región en sus métodos de explotación de grandes cantidades de árboles. Algunas de estas personas, después de retirarse de la empresa, se han desplazado a las poblaciones del Medio Atrato, donde han extendido las prácticas de explotación, a zonas donde los montes estaban aún sin intervenir mediante este tipo de trabajo. Los corteros especializados llegaron con las motosierras e inundaron de ruido los montes. Mostraron la rapidez, la posibilidad de aumentar la producción y por tanto la ganancia en menor tiempo, lo que no ocurría con el uso del hacha. Unos cuantos se sometieron a la renuncia del gasto y comenzaron la acumulación por medio de pequeños ahorros. En sus nexos con las empresas, estos negros colonizados por la ambición y la ostentación, consiguieron el papel de contratistas, lo cual los involucró en la extracción y en la comercialización en forma directa. Se trataba de que ellos montaran su propio negocio, con su contabilidad y su proyección de ampliación. Pero, sólo unos pocos alcanzaron a ser contratistas que manejaban grandes capitales, y que aprendieron no sólo las técnicas de extracción, sino también las modalidades de juego de desquite a los asuntos legales, los juegos de la astucia. La empresa Maderas del Darién les daba acceso a la maquinaria

³ *Ibid.*, p. 15.

para librarla por medio de formas crediticias, y usaba su **nombre y su** reconocimiento dentro de las comunidades para entrar a hacer **instalaciones** de grandes campamentos, utilización de maquinaria pesada, como **tractores** y remolcadores, en los afluentes del Atrato, sin que los habitantes se resistieran, pues las explotaciones se hacían por cuenta de permisos menores, que también figuraban a nombre de personas de la misma región.

Para hacer la extracción de maderas en el río Napipí, un contratista hizo un estudio de factibilidad para el aprovechamiento, mediante el patrocinio de una tesis de Ingeniería Forestal.⁴ En ella se aclaraba que el área solicitada pertenecía a “terrenos baldíos nacionales, con bosques de dominio público”, que el área destinada para el aprovechamiento era de 225 hectáreas aproximadas, pues los linderos eran señalados con puntos fijos o mojones, ya que “dentro de la zona no hay ningún punto específico que sea fácilmente identificable y desde el cual se puedan describir los linderos”, de manera que se encierra un polígono con el área aproximada.⁵ Entre la infraestructura proyectada estaban: caminos madereros para el desembarque, de una longitud de tres kilómetros y un ancho de tres metros y medio, que es el ancho de la cuchilla del tractor; canales de transporte de la madera hasta el río Napipí; construcción, fuera del área, de tres campamentos permanentes en maderas de desecho y láminas corrugadas, para alojamiento, almacenamiento y administración; pues el tiempo de extracción se estimaba entre cinco y siete años.

No obstante, los bosques de Napipí no eran baldíos, pues allí se asentaba una comunidad indígena que se vio afectada luego por los aprovechamientos forestales. Además, éstos espacios habían sido ya declarados reserva forestal. De otra parte, puede verse la imprecisión de los linderos marcados, tanto en lo espacial como en lo temporal, lo cual dio pie a las ampliaciones de los mismos por cuenta propia.

⁴ Arriaga Murillo, Ascanio y Mena Dediego Luis Ariel. «Estudio de Factibilidad para el Aprovechamiento Forestal en la Parte Media del Río Napipí-Chocó». Tesis de Ingeniería Forestal, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá, 1983.

⁵ *Ibid.*, p. 21

Los mapas empleados por estos contratistas son los del beneficio propio, enmascarado en el beneficio común, y que en última instancia es el beneficio de las empresas madereras. Así, se resaltaban como beneficios socio-económicos de estos aprovechamientos, la solución a problemas que ellos mismos generaban, o que emergían a partir de representaciones de la realidad de las familias chocoanas elaboradas desde esquemas de vida y de trabajo disonantes con las de la región. Entonces, se afirmaba que las extracciones madereras se constituirían en un aporte para solucionar problemas de mano de obra inactiva o subempleada, ya que serían una alternativa de ingreso, "como también para los agricultores que en los vacíos de su calendario agrícola (el espacio existente entre el final de la cosecha y el inicio de la siembra) no encuentran otra actividad en qué ocuparse".⁶ Esto desconoce la multiplicidad de actividades desarrolladas por la familia campesina mediante la ocupación de todos sus miembros, que como ya se dijo, permite la adaptación a los espacios del trópico húmedo y el autoabastecimiento.

Estos contratistas, por su condición de negros raizales del Atrato, son utilizados por las grandes empresas para acceder a las especies finas del monte, con el fin de no entrar en choque con las comunidades propietarias, puesto que son ellos los legitimadores de las prácticas extractivas. De éste modo, las empresas quedan desvinculadas de los efectos generados en los hábitats por la extracción de maderas, ya que la única relación visible que ellas establecen con los contratistas es comercial. No obstante, en el Atrato Medio, la demanda por los daños ocasionados debido a la explotación en el resguardo de Chajeradó, hizo visible la violentación del espacio indígena y la destrucción de costumbres por cuenta de Maderas del Darién-Triplex Pizano S.A.⁷

Entre los indígenas no hay contratistas, pero algunos sí explotan para el comercio la madera de los resguardos. Esto genera variaciones en los modos de relacionarse con el monte, sobre todo entre las nuevas generaciones que tienen mayor atracción por el dinero. Antes de la explotación de madera, los indígenas asignaban un valor de uso a los árboles y a los animales silvestres.

⁶ *Ibid.*, p. 133.

⁷ Chajeradó-Atrato Medio. Expediente RU06197. Documento para la discusión del Comité Técnico Especializado de Orientación y Seguimiento de la Tutela 380. Impacto Ambiental Chajeradó. Agosto de 1997. Medellín.

En la actualidad también les asignan un valor pecuniario, que se suma al deseo de compra de mercancías de origen industrial, para agudizar la presión sobre los montes.⁸

Los indígenas corteros han aumentado durante el último cuarto de siglo. Sin embargo, las actividades que demandan la mayor parte del tiempo de las personas dentro de los resguardos, como la siembra, la caza, la pesca y la recolección, aún se mantienen entre la mayoría de la población. La extracción de maderas se hace todavía para la elaboración de embarcaciones pequeñas, como botes y *champas*. Pero, la extracción comercial de maderas es índice de la injerencia de la economía del beneficio dentro las comunidades atrateñas. Esto obligó a los cabildos indígenas a legislar sobre los permisos, con el fin de establecer controles en la explotación. Ya que las comunidades tienen una jerarquización establecida, los controles son conocidos y asumidos por sus miembros, desde las modalidades propias de su cultura. Con esto se busca que haya una extracción regulada: dentro de los resguardos, por las personas que los habitan, y fuera de ellos, por los cabildos. Estos últimos se han conformado sobre bases de gobernabilidad representativa que copian las formas predominantes de administración política, e hibridan las antiguas jerarquías con la adaptación a los sistemas estatales. La intervención de las instituciones en los resguardos invalidan las formas tradicionales de gobierno y socavan las prácticas culturales que se han mantenido al margen. Se imponen los modelos de lo jurídico, ante lo cual los niveles de organización indígena se encuentran como formas menores, sobre las cuales se mantiene el nivel superior del Estado. Así, los mapas de las divisiones territoriales entre gobiernos indígenas funcionan como dominios alternos de lo estatal.

No obstante, la política de separación de territorios no construye brechas insalvables, más bien define los lazos de comunicación, instaura modalidades de acercamiento marcando diferencias de posición y jerarquías en las relaciones. De ahí que, los cabildos indígenas con su organización, ejerzan en los resguardos controles más efectivos que los del Estado, en favor del Estado, lo cual los sitúa en posición estratégica que deja visible su poder. Los cabildos, desde su mestizaje jurídico introducen en las comunidades formas organizativas estatales. Muchas de sus acciones están supeditadas a

⁸ *Ibid.*, p. 13.

las tendencias de la economía capitalista, que presiona la explotación sobre los recursos forestales de los resguardos, razón por la que los indígenas se encuentran entre las opciones de dejar que los aprovechamientos se hagan a la deriva, o de acuerdo con ciertos órdenes. Lo que se busca es la disminución de los impactos negativos en las explotaciones de la madera, no la erradicación de las prácticas de extracción. Pues, las presiones no sólo se ejercen por personas externas a los resguardos, sino desde el interior mismo, donde se ha filtrado el valor del dinero y las posibilidades ostentatorias que el capitalismo fomenta a través del consumo.

Sin embargo, los resguardos también han logrado establecer su organización desde algunos espacios autónomos que preservan hábitos tradicionales. A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, han sido los mismos indígenas quienes se han apropiado de la figura del resguardo para que se les reconozca en su diferencia, para establecer su espacio interior, su propio territorio gobernado. En el Chocó, "Una de las actividades centrales de la OREWA ha sido el impulso a las comunidades para recuperación, defensa y titulación de tierras ancestrales. Cuando OREWA aparece, había dos resguardos constituidos y ahora en 1987 hay 43".⁹

Los indígenas fueron así territorializados, sus dominios se circunscribieron a las tierras de los resguardos, donde, hasta hoy, desarrollan sus actividades cotidianas y logran mantener elementos importantes de sus culturas. Sin embargo, antes de que se introdujeran los límites espaciales y se instaurara el régimen de cabildos, los embera vivían dispersos en las cabeceras de los ríos, el poder era ejercido por jefes naturales reconocidos en la localidad por algunas unidades familiares; de modo que, en una comunidad de un río podían existir 4 ó 5 jefes naturales con poder social sobre determinadas familias, generalmente su parentela.¹⁰

Los indígenas recorrían los espacios de los afluentes con libertad para elegir el lugar donde construirían su vivienda. Los resguardos con su régimen espacial introdujeron la imposibilidad de cambiarse libremente de uno a otro lado del río. Pertenecer a un resguardo es estar bajo un orden vertical de

⁹ Cardona, Antonio María. *Los Embera del Medio Atrato*. Quibdó, 1987, p. 8.

¹⁰ *Ibid.*, p. 31.

poder que ha transformado la percepción de los lugares de vida. Los mapas han anclado los linderos, han instaurado las defensas y las regulaciones sobre los desplazamientos, en general, la vida indígena ha cambiado, sus hábitos han sido mestizados y atravesados por las representaciones, y por algunas prácticas de gobierno dominantes. El viejo objetivo de la producción se interna poco a poco en las formas de relación indígena, mediante las regulaciones, los controles y las vigilancias.

Frente a la depredación de los montes, generalizada a lo largo del río Atrato, el sistema de resguardos ha preservado la flora y la fauna dentro de estos espacios. No obstante, no se trata de una conservación planificada, sino de bajos ritmos de extracción determinados por necesidades cualitativas. El monte es el hábitat en el cual se desarrolla la vida ordinaria de las comunidades, que todavía cortan la madera bajo criterios distintos a los de la comercialización. Entre los indígenas no hay acumulación ni mediación de la economía monetizada en todos los intercambios. El dinero está presente en transacciones muy específicas, que les permiten acceder a consumos que funcionan también como posibilidad de ostentación.

Aunque, los indígenas y sus espacios están en las márgenes de los mapas oficiales, sus territorios pertenecen a los lugares donde llegan sinnúmero de miradas exteriores, que bajo la idea de lo indígena-inferior se adentran para extraer y socavar así sus modos de vida. A medida que la colonización de blancos y chilapos (cordobeces) se extendía por el Bajo Atrato, las líneas que separaban a los indígenas de los demás territorios del afuera los estrechaban hasta disolver los resguardos de algunas zonas, y dejarlos en medio de los demás como campesinos asumidos por la economía de mercado.

En el Atrato Medio, la extracción en ríos como el Napipí y Bojayá produjo desplazamientos y cambios considerables entre los indígenas, sin embargo, en la región la movilidad los lleva a otros resguardos y no a la opción de vida campesina.

El agotamiento de las maderas en otros lugares, o la situación estratégica de los resguardos, ha llevado a los empresarios a buscar los medios para explotar las especies finas que en ellos se encuentran. Ya no se trata sólo de entrar con las motosierras manipuladas por los negros, sino de involucrar a los indígenas en la producción. Es así como, mediante la figura de ayudas para el desarrollo de sus comunidades, se han visto asediados, durante el

último cuarto de siglo, por estudios y proyectos estatales que los capacitan en la extracción forestal y hasta en el procesamiento de la madera.

Los resguardos han sido vistos como territorios ricos, abundantes en especies forestales finas, sobre las que ya se han hecho mediciones y cálculos de aprovechamiento. Y aunque, hayan sido legalmente separados en los mapas del territorio chocoano, los empresarios madereros, y en general las personas relacionadas con el negocio de la industria forestal, desconocen tales jurisdicciones, pues en la práctica el espacio es el espacio de sus intereses, de los árboles que se levantan entre los montes para ser vistos como bloques o como tucas que bajan por el Atrato traducidas luego en dinero. Los permisos de extracción son el escudo tras el cual se extienden sin límite definido las intervenciones por parte de las grandes empresas madereras. Basadas en la legalidad de la representación de lo escrito, se desplazan dentro de los resguardos y de las zonas de reserva sin ser controlados. Estas prácticas de ampliación continua de las fronteras de explotación llegaron al Medio Atrato después de que dieron resultados en el Bajo Atrato, donde las concesiones eran la fachada de legalidad de actividades extractivas realizadas de manera ilegal.

Entonces, se construye otro mapa, el de los conflictos generados entre formas de pensamiento disímiles. Los espacios de la extracción para la acumulación chocan con los espacios de la extracción para la sobrevivencia. La especialización presiona por la expulsión del autoabastecimiento y de los intercambios no monetizados entre indígenas y negros. No obstante, las técnicas artesanales han perdurado más allá de la presencia de maquinaria pesada destinada a procesos de alto rendimiento. Después de las protestas de los pobladores del Atrato Medio por la intromisión de la empresa Triplex Pizano S.A., la empresa optó por hacer bajas inversiones, mediante la paga a los pobladores de permisos domésticos, mediada la negociación por los contratistas, en lugar de solicitar concesiones. Se produce así una mayor rentabilidad, ya que el producto de los corteros, quienes sólo usan la motosierra, el hacha y el machete, es comprometido a ser vendido a precios más bajos que en el resto del mercado.¹¹ La restringida capacidad adquisitiva

¹¹ Este mismo sistema lo comenzaron a implantar algunos contratistas particulares, no ligados a empresas. Para la última década de este siglo los negros empezaron a llevar la madera hasta Quibdó, donde la vendían a los compradores asentados allí, que abandonaron los desplazamientos por el río Atrato debido a amenazas y a la presencia de fuerzas armadas. Uno de estos comerciantes afirmaba que para el año 1997 él se ganaba hasta cuatro millones en el viaje de una carga completa de madera hasta Medellín.

de las personas de la región genera la dependencia de la extracción maderera pero no la especialización. La multiplicidad de opciones en el uso de la tierra, los ríos y las ciénagas, se mantiene debido a la misma necesidad de adaptación constante que exige la alternancia de actividades, aunque persistan énfasis en algunas, como es el caso de los aprovechamientos forestales entre los pobladores de ciertos caseríos.

A pesar de las modificaciones en los sistemas de vida de los atrateños, emergidas de la interacción con los habitantes del interior del país, negros e indígenas han mantenido formas relacionales fuertes, que les han permitido establecer luchas territoriales unificadas en sus propósitos de permanencia, fundadas en la divergencia de sus costumbres. Del hacha a la motosierra, de la palanca y el remo al motor fuera de borda, del tiempo sentido al tiempo medido por la premura, de los espacios menos intervenidos a la planificación futura de los usos, son desplazamientos todos que muestran transformaciones considerables para la gente del Atrato. Pero, la rapidez de los cortes en el monte, la disminución de los tiempos de recorrido, no arrasaron por completo con las actividades habituales anteriores al uso del motor. Así, los trabajos en compañía, llamados en la región de "mano cambiada", los intercambios no monetizados y los préstamos de cosechas, no han desaparecido, puesto que no todo pasa por individualización y la mediación del dinero. Si bien se producen adaptaciones, también hay resistencias que perseveran en las prácticas que unen y comunican a indígenas y negros.

Aunque, los mapas definen fronteras de separación entre ambas culturas, hay líneas de intercepción de prácticas y de territorios. A pesar de los desplazamientos que hicieron los indígenas hacia las cabeceras de los ríos, inicialmente para evadir el servicio de cultivos destinados al abastecimiento de las cuadrillas y las necesidades de los españoles, y más tarde por causa de la presencia de grupos negros en las orillas del Atrato, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se han establecido vínculos y mestizajes culturales entre ambos. Tales relaciones se encuentran atravesadas por oposiciones, jerarquizaciones e interdependencias. Así, este "mapa" se fractura, deja ver cómo las desigualdades, los desniveles y las contraposiciones, no son obstáculo, sino que es posiblemente por su misma existencia, que pueden establecerse espacios de comunicación y de trabajo conjunto entre negros e indígenas, en distintos ámbitos.

En la actualidad los habitantes del Atrato Medio poseen espacios delimitados, segmentos de lo que era un mismo territorio indiferenciado, de un espacio que los unió a lo largo de los siglos precedentes. En el siglo XX han sido dispuestas las parcelaciones. Frente al alinderamiento de los resguardos, los negros se vieron motivados a la organización, más cuando sus espacios estaban en riesgo de ser utilizados para la extracción comercial de madera. Aunque, los negros se encuentran en espacios bien diferenciados de los indígenas, sus continuas relaciones de intercambio los mantienen en contacto. Desde las cabeceras de los afluentes los indígenas bajan a las orillas del Atrato para vender en los pueblos de negros, plátanos, "carne de monte" y pescado. A cambio de sal, aceite y condimentos.

En las relaciones entre negros e indígenas se presenta una jerarquización por parte de cada uno de los grupos. Para los negros, más cercanos a los comerciantes y paisas en general, los indígenas se encuentran en una escala inferior de desarrollo, puesto que no hablan bien el español, todavía se pintan la cara y el cuerpo, y usan ropas sólo en algunas ocasiones, o no las usan. Sin embargo, en cuanto a la relación con el monte, los negros aceptan cierta superioridad de los indígenas, que conocen plantas y métodos a los que ellos no han tenido acceso. Por su parte, los indígenas consideran que los negros se encuentran en un nivel inferior porque tienen menos conocimientos y poderes sobre los ríos y los montes, además, la cercanía con los blancos, que se encuentran en un rango aún más inferior, no les permite llegar a estar en su posición. Pero, los negros establecen otro tipo de jerarquías dentro de sus propios grupos, de acuerdo con la localización en el río, que implica un mayor o menor grado de relación con las zonas urbanas, donde está el comercio y la dominación de las prácticas de los paisas, quienes son tenidos por superiores, puesto que han llegado al uso de maquinaria, al desarrollo de grandes ciudades. Se tiene en cuenta el referente urbano, porque es desde allí que se despliega la civilización. Así, por ejemplo, los negros de Quibdó están un nivel superior a los de las orillas del Atrato, y estos de los que habitan los afluentes, y como los indígenas se encuentran en las cabeceras son los últimos en la escala de proximidad a las prácticas dominantes, y por tanto están en el menor grado de civilización. No obstante, los negros también tienen a los blancos como inferiores en tanto no conocen el monte, y pueden ser engañados en sus recorridos; como lo hicieron algunos negros cuando los representantes de la empresa Tríplex Pizano S.A. comenzaron a abrir trochas para señalar los árboles de maderas finas en el Medio Atrato, y algunos de ellos afirmaban no ver más que unos cuantos cedros.

Los blancos o paisas ven en los negros la cercanía en el uso del español y en las prácticas culturales. No sucede igual con los indígenas, tenidos por más primitivos e inaccesibles, quizás por eso mismo más difíciles de adiestrar y de introducir en la dinámica de la economía monetaria. De ahí que no haya contratistas indígenas, pues sobre ellos recae toda la marginalidad que los deja sin autoridad frente a otros grupos. Es decir, están en un espacio del afuera de difícil acceso para los blancos, en un espacio protegido por la diferencial del idioma, que es obstáculo para todos aquellos que están al otro lado de los límites de sus territorios culturales.

Sin embargo, los indígenas han entrado en la actividad del aprovechamiento forestal, más desde que los negros llegaron hasta sus territorios para sacar las maderas finas. En los últimos años se han presentado problemas entre ambos debido a la competencia por la propiedad de la madera. Los indígenas del Medio Atrato comienzan a aprestarse para utilizar la motosierra con la misma versatilidad que lo hiciera un negro. En los ríos Bojayá, Murri, Arquía y Opogadó, los indígenas trabajan junto con los negros en la extracción de madera. Hacen trueques, los negros les venden piedras para afilar su machete, o se los cambian por plátano. Se establecen compañías entre ambos para realizar labores de extracción en los resguardos. El indígena se encarga de pedir los permisos al cabildo, y de poner, al igual que su compañero, mano de obra para la tumba y el arrastre. Pero, en el Atrato Medio es más corriente que los indígenas sólo vendan la madera en pie para que los negros la aprovechen. Por lo regular, estas relaciones contractuales están atravesadas por las jerarquizaciones, que entre los negros llevan al engaño del indígena, debido a que su sentido del dinero es corto. Para muchos negros, los indígenas son personas que no miden los gastos invertidos cuando venden sus productos. No promedian, por ejemplo, el tiempo que demanda la fabricación de una champa, y la venden igual si les lleva uno o dos meses.

En estos mapas escalonados, segmentados, interceptados, del pensamiento negro, indígena y blanco, que se entrecruzan en la actividad de la extracción forestal en el Atrato Medio, se presentan relaciones de utilización del saber de los otros, pero también del no-saber. Así, los indígenas, menos relacionados que los negros con la economía capitalista, entran a los intercambios en condición de inferioridad. Su no-saber sobre las ganancias, sobre las proporciones en las relaciones del dinero con las cosas, los somete a relaciones de desigualdad, tanto con los blancos como con los negros. Un caso que lo

muestra es el de Maderas del Darién-Triplex Pizano S.A., que por medio de un contratista negoció con los indígenas del resguardo de Chajeradó en los siguientes términos: “la maderera extraería 200 árboles de abarco en seis meses, a cambio de una motosierra y \$ 150.000”; además de que en el acuerdo es visible la situación de desventaja de los indígenas, la explotación se prolongó más allá de los seis meses, cortando más árboles, y especies distintas a las acordadas, entre ellas: sande, güino, virola, entre otras, que la empresa no pagó aduciendo que carecían de valor.¹²

Los territorios físicos y culturales de los habitantes del Atrato han estado expuestos a las intervenciones de la gente del interior del país, y de los extranjeros. Así, el monte ha variado tanto como las formas de verlo. La cultura dominante se filtra, asienta sus criterios de verdad, y le impone a los indígenas y a los negros la necesidad de aprender los movimientos económicos básicos, haciendo notar la importancia de las transacciones monetarias, de una sociedad que subsume las diferencias para convertirlas en indiferencias.

Las políticas de intervención de los espacios en beneficio de la riqueza, desde la representación y desde la acción, producen como efecto la transversalidad de la economía en las diversas prácticas culturales. Los atrateños reacomodan sus costumbres, las formas de estar en el espacio que han vivido, cuando entran en contacto constante con las dinámicas de una economía que los presiona. Las prácticas, como ellos, van sobre la movilidad. Las políticas de ordenación del Estado los sitúan y ellos de un lado se adaptan y de otro construyen un nuevo lugar. En la multiplicidad de relaciones siempre varía algo aquí o allá. No hay dirección única, los indígenas y los negros también han permeado, desde la marginalidad, las formas de vida de los blancos que han pisado sus territorios, quizás no con la visibilidad de un universo que lucha por ocupar al otro con sus formas de verdad, sus prácticas y sus discursos, sino con la invisibilidad de la seducción de lo que no da lugar a predeterminaciones, que muestra lo distinto, la posibilidad y la riqueza de otros espacios que no han sido transformados por completo, que no han sido tocados por la dominación.

¹² Chajeradó-Atrato Medio. *Op. cit.*, p. 4.